



BENJAMIN RAMOS MARTIN,

UN SIGLO EL 25 DE JULIO DE 1993

¿RECORD DE CENTENARIOS EN RENTERIA?

CINCO Y CON "EL CENTENARIO" DE ERVITI, SEIS ... EN 1993

RAFA BANDRÉS

Es curioso, y hasta puede ser sorprendente, que nuestras fiestas patronales comiencen y finalicen con los sones del pasodoble "El Centenario", que el pamplonés José Erviti compuso para un concurso de obras musicales dedicadas al Segundo Centenario de la muerte de Calderón de la Barca (fallecido el 25 de mayo de 1681).

Por lo tanto, esta pieza musical es centenaria de verdad, ya que este año (el 25 de mayo) cumplió los 112 años. Quizás estos sones alegres hayan contribuido a que este año, Rentería haya ostentado todo un record de centenarios, a saber: Severina Llorente de los Mozos, con 102 años; el religioso Antonio Arraiza, con 101; y con 100 años María Casilda Goicoechea Altolaquirre, y una señora de la calle Xenpelar, que por deseo de sus familiares no se dio a conocer a su debido tiempo; y el 25 de julio cumplirá su centenario Benjamín Ramos Martín.

Ante la situación de retroceso inmigratorio que se viene notando debido al desmantelamiento industrial actual, creemos interesante dar a conocer -sin muchas florituras- la historia de este salmantino, su trayectoria tras la I Guerra Mundial en Francia, es decir, la vida de Benjamín Ramos Martín.

A finales del mes de abril, charlamos con él en el barrio de Pontika, donde vive.

Benjamín, de figura alta, delgado y de agradable conversación, estaba al sol, con gafas oscuras, que ocultaban sus ojos azules, brillantes y vivaces. Es un hombre que pisó con ganas el País Vasco para crear su hogar, su familia, con la que se rodea orgulloso, con un siglo en sus espaldas, todavía muy erguidas.

Benjamín nació el 25 de julio de 1893 en la localidad salmantina de Buenavista, donde pasó su niñez, entre la escuela y las cuestiones de labranza, sin horario fijo, lo mismo fuera de noche que de día. No había otro aliciente.

Benjamín, que no hizo la mili, se fue a los 20 años a Salamanca, donde trabajó en unas bodegas de vino, como conductor con ganado de los carros que llevaban los repartos (por eso ganaba más que los otros trabajadores, unas 1000 pesetas al año, y mantenido).

Al finalizar la primera contienda mundial, finales de 1918, se trasladó a Francia, regresando en vacaciones a Salamanca.

Durante esas vacaciones, unos tíos, que trabajaban en Rentería, le animaron a que se fuese a nuestra Villa con ellos. Y así lo hizo, viniendo a Rentería en 1920.

Empezó a trabajar en la Real Compañía Asturiana de Minas, hasta su jubilación en 1960.

Benjamín fue de los pioneros de la inmigración a Euskadi. Recuerda que pagaba tres pesetas al día a la patrona, y venía a ganar ocho al día.

Tras casarse con la también salmantina Esmeralda Hiljelmo, y cuando tenían ya un hijo y una hija, tuvo el Bar Ramos, y después tuvo otra hija.

El bar lo regentó desde 1924 hasta 1942, y era el actual Bar Magdalena. Durante esa época compró la Villa Teresa, ubicada en la calle Miguel de Zabaleta, que le costó (antes del 36) 40.000 pesetas.

El bar lo atendía su esposa, y él colaboraba cuando salía de trabajar de la fábrica. Este matrimonio, de carácter abierto, se granjeó el aprecio y la simpatía de los renterianos.

Recuerda las Magdalenas y los Carnavales, en un pueblo alegre y tranquilo, donde no había mucho dinero, pero se vivía y disfrutaba tras la jornada laboral.

Los bailes de Carnavales que se organizaban en el Salón Victoria eran los más populares, retirando las butacas de su patio, teniendo que descubrirse el rostro todos los asistentes a las 12 de la noche. Pero él no tenía tiempo para disfrutar de esas fiestas, dedicaba todo el día bien a su trabajo o a su bar.

Las dos terribles riadas del año 1933 le destrozaron el bar, todo un desastre. Vivía, entonces, en el primer piso, sobre el bar, y el agua rozó el balcón, y al irse el agua hizo las señales que hoy todavía se conservan, indicando la altura que dentro del bar tuvieron ambas riadas de junio y octubre.

En su bar se hacían buenas meriendas de cuadrillas, despedidas de la mili, o de soltero, cualquier motivo era bueno para celebrarlo. "Un decalitro de vino -recuerda- costaba dos pesetas y el txikito se vendía a cinco céntimos".

Cuando llegó a Rentería, no conoció los tranvías tirados por caballos, acababan de comenzar las denominadas "jardineras" descubiertas por los costados; pero sí conoció en Irún el tranvía de Hondarribia tirado por caballos.

En febrero de 1988, cuando tenía 94 años, nos dijo en el Hogar del Jubilado de Olibet que "antes no hice más que trabajar sin tener tiempo para divertirme, y ahora que tengo tiempo para ello, es cuando no puedo, los años pesan..., no pasan en balde".

Vive con su hija mayor, viuda, y un nieto que es médico y sus biznietos en Pontika.

Con un siglo bien llevado, sale a tomar el sol por el barrio. Quizá sea ese el remedio mágico de su longevidad, el darse a los demás, el no haber gastado su juventud en ocios, haciendo buena la frase de que "el trabajo es salud".